El galán de la muerte

Un amor de ultratumba

Novela anecdótica

Diego San José

I

EL CORONEL CADALSO

Durante más de diez años, ni un solo día dejó el coronel don José Cadalso de acudir, en las primeras horas de la tarde, a la "Fonda de San Sebastián", en donde la buena industria del huésped, Gippini, había consentido que los ingenios que a la sazón componían el "Parnaso" castellano, tuviesen un lugar donde reunirse, el cual fue el primero ascendiente de aquel otro que en la época romántica habría de nacer al calor del teatro del "Príncipe".

Don Nicolás Fernández de Moratín, los Iriartes (el bibliotecario don Juan y el fabulista don Tomás), el catedrático López de Ayala, Clavijo (el enciclopedista), Cladera (el abate almibarado y pedante, encamación del famoso "Don Hermógenes" de "La Comedia Nueva") y el dicho Cadalso, formaban habitualmente la académica tertulia, y dando normas nuevas, previa condenación de las antiguas, pretendía gobernar y encauzar la literatura, fría y pedantesca, del último tercio del siglo XVIII.

Otros elementos literarios, pero también devotos incondicionales de las "nueve hermanas", hijas de Apolo, como eran el napolitano Bernascone, el marqués de Manea, Signorelli, Nifo, Trigueros, el conde de Conti y algunos más, cuyos humildes nombres no han caído en los imperios de la Fama, cerraban el docto ciclo.

Cuando dieron por cumplido el tiempo consagrado a rendir culto a la amistad y a la crítica de café, se iban Cadalso y Moratín a rendir pleitesía a sus respectivas damas, las cuales eran dos princesas de segundo orden en la vasta monarquía del Teatro. La del bizarro coronel, que escribiera "Los Eruditos a la violeta", era María Ignavia Ibáñez, que a la manera literaria que la llamaba su galán respondía por el poético nombre de "Filis". La del puntilloso autor de "La Petimetre", Paquita Ladvenant, se decía "Dorisa", al modo idílico, y era hermana de aquel portento de la escena que hiciera glorioso su nombre en la historia de nuestras comediantas, y también pudo hacerle célebre en los anales del pecado mortal.

Ambas exhibían su espléndida belleza con preferencia al arte de que las dotara su instinto escénico, en el coliseo del "Príncipe", representando comedias a la francesa (con tal cual escapada hacia el dorado campo de los clásicos) y sainetes de don Ramón de la Cruz.

Cuando sonaba la hora que tenían destinada, para el culto de sus devociones citereas, se encaminaban los dos ingenios hacia el coliseo de la calle del "Príncipe", a la margen del monasterio de la Visitación, y desde allí, cuando la función había terminado, continuaban el martelo en el nido de las gentiles palomas, una de las cuales, la del sesudo Moratín, bien podía pasar plaza de ladrona, porque robaba cariño en un amor honesto y legalizado.

La mansión de ambas buenas mozas estaba enclavada en la calle de Santa María, saliendo ya a la plazuela de San Juan, donde don Nicolás trajo a los caminos del Mundo su mejor obra; quiero decir, su hijo Leandro.

A Cadalso, a pesar de su borrascosa vida, llena de aventuras, en las que Amor era el protagonista más consecuente, sin que él nunca le concediera gran importancia luego de satisfecho el capricho, le llegó la hora del pago de sus culpas pasadas, y la cómica, veleidosa y linda, fue la encargada de tomar la venganza de las que antes de ella pasaron por los brazos de su galán…

El hombre dio en entregarse tan por entero, que sin hipérbole alguna podía llamar a la buena moza "su alma y su vida", puesto que para ella y por ella parecía vivir únicamente.

Jamás hasta entonces Cadalso había sentido con intensidad tan tirana los fueros de Cupido.

Todo su tiempo, y aun su inteligencia, los tenía al servicio y voluntad de la hermosa comedianta, y por tenerla más suya, un día que se levantó más loco de lo que ordinariamente tenía por costumbre, determinó cuajar el martelo en matrimonio...

Audaz en demasía era el proyecto para la opinión en que por el entonces se tenía a la gente de teatro.

Cuando le comunicó con su inseparable "Flumisbo Thermodonciaco" (que de esta manera se llamaba Moratín entre los Arcades de Roma), lo tuvo el tal por muy descabellado disparate, impropio de un hombre que estuviese en su cabal juicio.

Corrió la especie entre los tertulianos de la "Fonda de San Sebastián", y aunque muchos de ellos se oreaban ya con los aires nuevos, que soplaban del Pirineo, y los había igualitarios como Rousseau y descreídos como Voltaire, todos miraron el propósito como cosa de poco seso...

—Aun, si se tratara de otra mujer, aunque fuese de inferior condición —decían— pudiera pasar; pero, una cómica... Está enteramente dejado de la mano de Dios. Hay que quitárselo de la cabeza por todos los medios posibles que estén al alcance de nuestra buena amistad.

—Si fuese necesario —dijo, el marqués de Manca—, hasta yéndole con el cuento a su allegado el conde de Aranda.

—Y a bien que el testarudo ministro de su majestad (q. D. g.) —apoyó Iriarte—, le haga tal impresión que por apartarle del peligro no se contente con menos que con mandarle de guarnición al Perú.

Para poner en práctica el alejamiento de Cadalso del lado de su dama, se miró a entretenerle con otras de no menor atractivo, pero todo fue inútil; el fino y empedernido amador no cayó en el cebo; cual otro Romeo, para él no había más mujer que su Julieta. Y lo cierto era que aquel idilio no dejaba de dar cada día sus flores de celos y enojosas inquisiciones de quién entraba y salía en el aposento de "Filis", que por el oficio que traía debía sufrir todas las tardes las visitas de los autores de las comedias que representaba y aficionados de su bizarra persona.

Tarde había en la que era más entretenido el entremés celoso que tenía vida real en el cuarto de la Ibáñez que el que se representaba sobre las tablas de la escena...

II

LA IBÁÑEZ

Aunque hogaño se mira el teatro por dentro, salvo honrosas excepciones, como escuela de malas costumbres, puede tenerse por cosa cierta que aún era más descompuesto y libre en los pasados tiempos, puesto que sería menester otro Diógenes para buscar un hombre de bien, una mujer honesta y un matrimonio nada más que regularmente avenido; de suerte, que cuando por los escenarios y mentideros de representantes corrió la noticia de que María Ignacia se casaba, no dejaron de andar a su gusto la sátira y la maledicencia.

Si alguno sentía de veras que aquel idilio fuese con honrados pasos por el camino de cuajarse en matrimonio, era Juan Ponce, el "autor" de la compañía, porque recelaba con mucha razón que, casándose su primera dama con galán ajeno a la escena, luego habría de retirarse del "oficio" y como la tal, tanto por su buen garbo como por su arte, tenía muchos aficionados, era mermársele la ganancia.

Da idea de la popularidad y simpatía de que gozaba la hermosa Ibáñez, un poema laudatorio de la capital de España, compuesto por un ingenio poco conocido, llamado don Juan de Alcedrón, en el que habla de esta suerte de la novia de Cadalso:

"¿Cuándo una Ignacia Ibáñez que produjo
el Caistro mejor del 'Manzanares',
pues con ella infundió glorioso influjo
no las Tres Gracias, gracias a millares…".

Aunque muy notables eran Sebastiana Pereira, "Guzmana la Buena". "María de la Chica", "La Granadina", y "La Mayorita", no había tal cortejo de aficionados por ellas que fuesen capaz de levantar jaranas cada tarde, y aun de irse a las manos en las dos contrarias banderías de "Chorizos" y "Polacos", como lo hacían por la insigne Ladvenant y la bizarrísima María Ignacia.

Don Nicolás Fernández de Moratín tenía que agradecerla que el fracaso de su detestable comedia "La Hormesinda" no fuese tan ruidoso como la fatigosa y pedante producción tenía merecido, puesto que gracias a la maestría de la comedianta se sostuvo

seis días en el cartel. De no haber mediado esta circunstancia hubiese caído desde luego en el justo olvido en que hoy yace aquel ampuloso esperpento teatral.

III

LA ENFERMEDAD DE “FILIS”

Cadalso entró una tarde en la “Fonda”, y sin detenerse más espacio que el puramente preciso para saludar a los camaradas, buscó a Moratín, y después de hablar con él breves palabras, se le llevó consigo.

“Filis” estaba enferma desde hacía dos fechas, y, por lo que parecía el mal llegaba embozado y traidor.

Cadalso no tenía más amigo verdadero a quien confiarse, y por ello le sacaba de allí, para que en medio de su gran desconsuelo le infundiera valor para emprender la lucha que él se imaginaba no ser con menos que con la Muerte.

Se fueron ambos amigos, y de allí a poco dieron en la mansión de “Filis”.

En verdad que con tanta fuerza parecía haberle apretado el mal, que la paciente ni siquiera tuvo conciencia para enterarse de la visita. Don Nicolás conoció que por esta vez no había exagerado el interés amatorio de Cadalso. Realmente aquella mujer estaba más cerca de la otra vida que de esta.

Por un buen espacio estuvo contemplándola su amante, sin que de sus labios saliera una sola palabra.

Al fin habló, con la voz velada por angustiosa pesadumbre:

—¿A quién te parece que deberíamos llamar?

Y el gran “Flumisbo”, con aquella sequedad ampulosa tan habitual en él, respondió:

—Al cura de la parroquia. Esta mujer no llegará a mañana. La sostiene únicamente la fiebre.

Y fue lo triste del caso que el rudo don Nicolás tuvo palabra de médico. Si fuese el galeno que asistía a “Filis”, no acertara a matarla tan bien como él acertó a decir que se moría por la posta.

En aquella misma noche, que era la del 22 de abril de 1771, dejó de existir la famosa comedianta María Ignacia Ibáñez, una de las mejores y más bellas que honraron con su arte y su bizarría el teatro de su tiempo.

No hay para qué hacer crónica del dolor desesperado en que quedó sumido el coronel-poeta...

No parecía sino que el mundo se acabara para él; que muerta su “Filis” adorada no tenía ya nada que hacer en la tierra, y así, llamaba desesperadamente a la Muerte, al parecer con bastante más verdad que el viejo de la fábula.

No tardó mucho espacio en esparcirse la noticia por Madrid.

La casa mortuoria empezó a llenarse de cómicos y escritores.

No parecía sino que “La Fonda de San Sebastián” y el “Mentidero” de la calle del León se habían trasladado en pleno a la calle de Santa María que ya de hecho, según los actores que formaban su vecindario, remedaba el angosto pasillo de uno de los cuatro coliseos que para su divertimiento tenía la Villa y Corte de las Españas.

A la mañana, siguiente, se llevó el cuerpo a la capilla que la hermandad de la Virgen de la Novena tiene en la parroquia de San Sebastián, y una vez que fue celebrada la misa de “corpore insepulto”, bajó a la paz de la tierra.

Como una sombra iba don José Cadalso desde aquella casa de la calle de Santa María a la capilla de la Novena, y allí, sobre la tumba de la que fue su dama y estuvo en achaque de ser su esposa, se quedaba hasta que el sacristán le avisaba de que era llegada la hora de cerrar el sagrado recinto.

Antes de que se diera esta triste circunstancia ya conocía muy bien al protagonista de esta verídica historia aquellos lugares, porque todos los domingos, junto a su martelo, acostumbraba a oír ante aquel altar la misa de once, a la que solían acudir la mayoría de los cómicos que estuviesen de asiento en Madrid.

Ciertamente que era notable el prestigio de aquella capilla, en la que estaba vinculada la cofradía farandulera, y por dar algún espacio al dolor del amador de "Filis”, hemos de ponerle aquí con tu licencia, amigo lector.

IV

LA HERMANDAD DE LOS CÓMICOS

Por los años de 1615 estaba naturalizado en Madrid un piadoso hidalgo florentino llamado don Carlos Velutti, el cual tenía su posada en la calle del León esquina a la de Santa María.

Era su merced tan devoto de la Madre de Cristo, que mandó pintar una imagen de esta Señora teniendo en el regazo al Niño Jesús, y detrás a San José y a San Juan.

Así como estuvo hecha la pintura quiso que todo el barrio participase de su misma devoción, para lo cual fue servido de ponerla en un retablo a la puerta de su mansión.

El agasajo piadoso del vecindario cundió sobremanera, de suerte, que a toda hora del día se encontraban devotos del retablo que no dejaban de estorbar el paso a los viandantes, de entre los cuales los había, sin duda, enemigos de aquella devoción, que por

fuerza tenía que ser judío, por cuanto el día de la Encamación de 1623 amaneció el lienzo sacrílegamente acuchillado. La Inquisición tomó cartas en el asunto y recogió la maltratada pintura.

Ya por el entonces parece que había pagado su tributo a la muerte el piadoso florentino, pero quedaba su mayorazgo don Pedro, que en punto a religiosidad no desmentía la casta, y presto repuso con una imagen nueva la profanada por los enemigos de la virginidad de María. Menos aún que la primera pintura duró la segunda, pues que el postrero día de noviembre de aquel mismo año feneció por obra y desgracia de otras tantas cuchilladas.

Ociosas fueron cuantas pesquisas hizo el Santo Oficio en busca de los iconoclastas, y el estropeado lienzo fue remitido, como el anterior, a la secretaría del terrible tribunal.

Don Pedro Velutti no cejaba en su arraigada devoción, y el 18 de diciembre hizo colocar otra nueva copia en el mismo lugar que habían asentado las anteriores.

Con notable júbilo recibió el vecindario la reaparición. Día y noche hubo visiteo de fieles, músicas, fuegos de artificio e iluminaciones, y a partir de aquel día aumentaron los peregrinos, y todo el famoso retablo se orló de exvotos y ofrendas. El infante-cardenal de Toledo aprobó el culto, y aun parece que concedió indulgencias, con que las gentes de calidad hicieron su peregrinación al retablo del hidalgo florentino.

Entre los muchos cómicos que a diario pasaban ante la imagen de Nuestra Señora del Silencio (llamada de esta suerte porque la figura que representa al precursor del Mesías convida con su actitud a no despertar al niño que duerme en los brazos de la madre), había una pobre tullida que en su mocedad fue comedianta.

Se llamaba la tal Catalina Flores, y era madre de dos muchachas, Bernarda y Ana Rodríguez, las cuales le servían de sostenimiento, puesto que era tan lerdo su mal que por sí misma no podía dar paso.

Se le ocurrió un día a la triste enferma que nadie como la Virgen del Silencio podría devolverle la salud perdida, y ofreció acudir a rogarla por espacio de nueve días.

Como lo pensara lo puso por obra con ejemplarísimo fervor, y así todas las nueve fechas acudió con sus hijas a postrarse ante el famoso retablo.

El postrero día, cuando con más fe pedía la infeliz el apetecido remedio, se sintió de pronto sin mal ninguno, y arrojando lejos de sí las muletas, pudo andar por su pie, como si jamás hubiese tenido trabados los miembros.

—¡Milagro! ¡Milagro de la novena! —gritaba a cuantas gentes tenía a su alrededor.

El Obispo de Lugo y vicario de la Villa, dispuso que el párroco de San Sebastián, don Baltasar de Aguilera y Castillo, trasladase a la parroquia la milagrosa imagen, lo cual llevó a cabo en procesión solemnísima el 21 de julio de 1624.

La nobleza quiso tomar su parte en la nueva devoción, que desde aquel prodigioso suceso se le dio nombre de la “Novena”, y organizó una fiesta que debería durar nueve días.

Fueron las primeras damas que tomaron este cuidado la condesa de Oñate, la marquesa de Velada, la duquesa de Medina de las Torres, las marquesas de Spinola, Alcañices de Hinojosa y Montes Claros, la duquesa de Osuna y la condesa de Chinchón.

El caballero Velutti cedió la propiedad del lienzo, el cual quedó colocado en una de las columnas de la nave central del expresado templo.

Los comediantes que asistían en la Villa dieron en representar ante la imagen los autos acostumbrados el día de la Encarnación, y desde un principio abrigaron el deseo de tomar a la “Novena” por abogada de su arte, pero la falta de recursos, que en todo tiempo parece haber sido epidemia escénica, no les dejaba lograr la piadosa intención.

Fijos en esta idea, el 25 de marzo de 1631, después de terminada la función que a sus expensas habían hecho, pudieron ponerse de acuerdo, y patrocinados por el cura párroco, el mayordomo de fábrica y algunos sacerdotes, y un escribano, fundaron una cofradía, compuesta solamente por actores.

La naciente fundación tuvo vida propia desde sus comienzos, puesto que a ello contribuían las limosnas de la Grandeza y las sumas de las compañías ausentes, que no se descuidaban en cumplir con su devoción de nuevos cofrades...

El 17 de octubre de 1662 se comenzaron las obras de la capilla en propiedad para la que se recibieron cuantiosos donativos.

El siglo XVIII fue el de oro de la cofradía, pues entonces llegó a la cumbre de su esplendor, siendo protectores de ella las más relumbrantes estrellas de la escena. En este tiempo se fundó un hospital y hospedería para los cofrades necesitados, que al tiempo de ahora, por el desamparo en que desde principios de la centuria anterior la han tenido quienes más debieron atenderla, han dejado perder.

V

EL CABALLERO DE LA MUERTE

El obstinado amador, cuando era de noche, que ya no podía permanecer en el templo, se salía fuera y rondaba por las calles de las Huertas, Atocha y callejón del Viento, como quien pasea a un amor vivo.

Abandonó toda relación con sus amigos y camaradas, y si columbraba de lejos a alguno, hacía lo posible por escabullirse sin saludarle.

Tan intenso era su pesar, que, aunque alguna vez pretendió que floreciese en versos lacrimosos, no le fue posible poner de acuerdo al pensamiento con el corazón, y

es que las penas, cuando tienen raíces tan hondas que brotan del alma, no salen así como se quiera a ser flores del ingenio.

De aquella pesadumbre del coronel Cadalso no se holgaron las musas...

No podía vivir sin tener junto a sí aquel cuerpo querido, y así imaginó la idea más descabellada y macabra que pudo germinar una mente calenturienta. Desenterraría el cadáver y le llevaría consigo, lo pondría sobre su mismo lecho, y después incendiaría la casa para que las cenizas de ambos se quedaran confundidas.

Una tabernilla de la calle de las Huertas, frontera de la misma parroquia, fue el lugar en donde el hombre logró ganar al sepulturero mediante una retribución, en verdad, no muy crecida.

El archivero de los muertos se resistió en principio, pero el loco amador apretaba con razones de tanto "peso", y la necesidad de aquel era tan extremada, que al cabo llegaron a ponerse de acuerdo y todo quedó dispuesto para la noche siguiente.

Como señal de lúgubre pacto se dieron las manos.

VI

HACIENDO TIEMPO, MIENTRAS LLEGA LA HORA DE LA CITA

Se diría que aquella próxima esperanza de tornar a tener entre sus brazos el cuerpo de la adorada, siquiera fuese ya "imagen espantosa de la Muerte", como dijo Argensola, parecía que le daba alientos para vivir y restituyó alguna cosa de los perdidos ánimos.

Después de la entrevista con el sepulturero, no se fue, como solía, a su posada, y allí en su aposento, todo él hecho museo de la querida muerta, no se entregó a nuevos transportes de pesadumbre ni se empeñó vanamente en obligar al ingenio que tomase parte lírica en su acendrado dolor, sino que, embozándose hasta los ojos en su capa azul, formó propósito de ambular por las calles hasta que llegase el ansiado momento de abrazar a su "Filis".

Bajando por la calle de Atocha, para encaminarse al Prado, al llegar junto a la iglesia de Monserrat, que era como una capilla del "Hospital de la Corona de Aragón", se topó de manos a boca con su inseparable Moratín, quien traía de la mano a su hijo Leandro, que andando los días habría de ser legítima gloria de las letras castellanas.

Dos o tres días antes, aunque mucho se holgaba Cadalso con la amistad del académico autor de "La Hormesinda" y de "Las Naves de Cortés destruidas", tan deseoso de soledad estaba su ánimo, tan lleno de luto su corazón, que de advertir la presencia del amigo y camarada, hubiese embocado por otra calle próxima con el fin de evitar el encuentro, pero, como a la sazón llevaba el pensamiento iluminado con la luz de su "Filis", aunque la tal luz tuviese resplandores de cirio mortuorio, él mismo se acercó al "gran" don Nicolás, que, entretenido sin duda con la avispada charla de su retoño, no

había reparado en el marcial misántropo hasta que este no le detuvo llamándole por su nombre.

Como también Moratín parece que de antemano no había señalado ruta fija a sus pasos, pensando en que hacía una obra de caridad en distraer a su amigo, se prestó a hacerle compañía, y así se encaminaron ambos, más el muchacho, hacia la solana de Atocha, en donde sabían que si se cansaban de pasear tenían a mano el monasterio de Nuestra Señora, en donde nunca faltaba la celda erudita de algún fraile, pues no en vano conservaba la piadosa mansión el privilegio de haber albergado en el siglo anterior a Fray Hortensio Pravicino, portento de la oratoria sagrada, y a aquel P. Aliaga, que se hizo más famoso por haber contrahecho el "Quijote", con infame agravio para la gloria de su autor inmortal, que por haber sido confesor de la católica, piadosa e inútil majestad del señor rey don Felipe III.

Moratín, por no ahondar en la herida que Cadalso traía abierta en el alma, no miró siquiera a preguntarle en el estado en que se encontraba su pesadumbre.

Comenzó por hablarle de literatura, opinando, que la regeneración del teatro español a ellos estaba encomendada, y tan pronto como tuvo ocasión, que ya se encargó él de que no tardara mucho espacio en presentarse, comenzó a echar por su boca pestes contra don Ramón de la Cruz, los cómicos que le representaban los sainetes, y el público "bajo" y "soez" que por regodearse y entretenerse con ellos llenaba los coliseos desde el "patio" hasta "la cazuela". Traer la conversación por tales derroteros, fue tanto como dar un soplo de vida al honorario viudo.

Tal fue así, que no dejando de la mano al feliz autor del "Manolo", "El Muñuelo" y "La venganza de El Zurdillo", y de tantos otros sainetes como al tiempo de ahora son joyas de la escena matritense, dijo:

—Cierto que a veces me da lástima el tal Ramoncillo, y si valiera mi opinión, se le dejara en paz por un poco de tiempo, aunque a la verdad, que él tampoco se muerde la lengua cuando llegan a sus oídos o lee en el "Diario de los eruditos" nuestras despiadadas censuras. Tan grande es el enemigo con quien lidia, que, cuando se defiende, bien puede hacerlo poniendo como lema de defensa aquellos versos de Quevedo (y él nos perdone el traerle a plaza como testimonio de tan indigna causa):

"Muchos dicen mal de mí
y yo digo mal de muchos;
mi decir es más valiente,
por ser muchos y ser uno...".

Moratín, que sabía el desdichado concepto que en otras ocasiones había merecido a su camarada el sagitario de los espejuelos, no pudo por menos de exclamar en son de mofa:

—Tú, que tanto le has agraviado, transiges ahora con el autor de "Los Sueños". ¿A qué es debida tan peregrina mudanza, si es que puede saberse, porque supongo que no querrás guardarlo en el fondo de tu conciencia como secreto de confesión?...

A lo que respondió el coronel-poeta:

—Hoy estoy para que me parezcan bien hasta las tragedias de Comella y aun las que Cruz escribe como para purgarse de hacer sainetes, y en fe de que es así, quiero decirte la décima suya que corre por los escenarios y mentideros y que a mí me dijo Nicolás de la Calle, el día antes de mi desgracia, cuando fue a ver a la santa que ya está gozando de Dios.

Moratín, por apartarle de este triste resabio, antes que por ganas de oír nada de semejante "salteador" de las letras, replicó:

—Veamos, querido Pepe, qué nuevo parto, mejor diría aborto, ha soltado el señor contador de "Penas de Cámara".

Cadalso paró en seco, y como si ya estuviera a muchas leguas de su pesadumbre, dijo:

—Pues ahí va. Tápate las narices, que huele, y no a ámbar; y, como cada hijo de vecino, tómate la parte que te corresponde.

—¡Ah!, pero ¿es que me nombra el bellacón? —preguntó don Nicolás, y respondió su camarada:

—Como nombrar, a nadie nombra, pero date por aludido. Escucha. Habla Cruz por mi boca, aunque me pese, pero ya me la enjuagaré después en el primer ventorrillo que se nos ofrezca.

"Dicen de mis obras mal;
dicen, que a nadie complacen;
dicen... dicen... y no hacen;
dicen que soy animal.
Dicen, que escribo sin sal;
dicen, que nada concuerda;
dicen, que es fácil se pierda
el teatro si prosigo:
dicen... y yo sólo digo
que se vayan a la...».

Y así como Cadalso soltó el rotundo consonante final, ciertamente que nada limpio, y por consiguiente menos académico, fue cosa de taparse los oídos en lugar de las narices, como Cadalso aconsejara a su oyente, por no oírle a este arremeter contra el maestro de hacer sainetes.

—Cierto —continuó después de que hubo vaciado la esportilla de los denuestos—, que le sobra razón a Iriarte por encima del copete de la peluca, para asentar que a hombre semejante se le debiera responder con instrumento más contundente que la pluma. No, pues yo le aconsejo que conmigo no juegue, si se quiere bien, que no soy hombre que sufra ancas de nadie.

Aquí el pequeño Moratín, que escuchando la irascibilidad del autor de sus días había permanecido callado, como oyó mentar a Cruz, exclamó:

—Señor padre; ese de quien hablan sus mercedes, ¿es el que escribe los sainetes y fines de fiesta que se hacen en el "Príncipe" y la "Cruz" después de las comedias?

—El mismo. Pues qué, ¿has visto tú alguna de esas inmundicias? —inquirió el iracundo don Nicolás.

A lo que respondió el muchacho:

—El domingo pasado fui con el abuelo y vimos una pieza que le decían “Chirivitas el yesero”.

—Pues ya le diré yo a mi padre que como dé en esa gracia no volveré a consentir en que salgas con él.

El niño, tomando a reprimenda las ásperas palabras de su padre, no volvió a abrir la boca en toda la tarde…

***

Conforme iba cerrando el día, las tristes ideas que embargaban con tanta reciedumbre el ánimo de Cadalso, parecía que tornaban a enseñorearse de él. Sin duda que eran las tinieblas de la noche las que le enviaban los tristes pensamientos y acaso lo que durante el paseo le había mantenido tranquilo y al parecer hasta alejado a la pesadumbre que le embargaba fue la misma nerviosidad que todos sentimos ante la proximidad de un acaecimiento que nos preocupa por entero.

Moratín advirtió el cambio en su amigo y mirando a distraerle, que también cuando se le antojaba sabía mostrar lindo humor, echó el carro de su ingenio por el pedregal del donaire, pero, aunque mucho forzó la marcha, la verdad es que no consiguió cosa de provecho.

Aun le dijo un par de epigramas contra Cruz y contra García de la Huerta, que compusiera aquella misma mañana, pero no logró con ellos que la misantropía de su camarada fuese iluminada con rayo de risa. Ni aun cuando en el ventorrillo cercano al monasterio se sentaron a tomar algún reparo, viendo a un arriero que engullía una descomunal tortilla sin arrimar el pico en todo lo que duró la merienda a una reverenda bota que había a su lado (caso portentoso entre esta clase de gente tan amiga de lo que perdió a Noé), recordó aquel lindo epigrama debido a su musa cómica, que mal que le pesase valía harto más que su estro trágico:

“Ayer convidé a Torcuato,
le di sopas y puchero
media pierna de carnero,
dos gazapillos y un pato.
Le doy vino y respondió:
—Bebedlo, por vuestra, vida,
que hasta mitad de comida
no acostumbro a beber yo...”.

***

De súbito se levantó Cadalso y antecogiendo su capote y su espada, prendas que a su lado descansaban en el mismo banco en que se sentaba, se alzó diciendo:

—Perdonad, pero no puedo más. Hasta estas horas paso el día tal cual, pero, cuando llega la caída de la tarde, como era el momento en que acudía a buscarla, se me cae el cielo encima y parece que la tierra se abre a mis pies. ¡Pluguiera a Dios que así fuese, porque así no me apartaría de su lado!

Don Nicolás quiso detenerle.

—Pero ¿a dónde vas ahora? —le preguntó.

Y Cadalso, echando a andar con dirección a la encuestada calle de Atocha, respondió con absoluta firmeza, como quien se propone poner por obra lo qué dice:

—A verla.

Moratín sabía muy bien que en tales estados de ánimo no hay mejor lenitivo que la soledad, porque el culto del mismo dolor es consuelo, y así le dejó partir. Él tomó de la mano a su hijo, y entrando por el Prado adelante, se encaminó hacia la casa de su padre, que estaba en la calle de San José.

Ciertamente, tenía que pedirle en serio que no llevase al pequeño Leandro a ver los disparates de Cruz. Los muchachos van por donde los mayores quieren llevarlos, y al fin, como no tienen discernimiento, suelen inclinarse a lo peor. De aquí nacen después las malas inclinaciones, y en buena ley de Dios no son responsables los delincuentes, sino quienes no les supieron conducir en la niñez.

De esta manera pensaba "Flumisbo Thermodonciaco" queriendo encauzar la educación literaria del que andando los años, al ser elegido individuo de la misma academia honoraria, de los "Arcades de Roma", habría de figurar con el sobrenombre literario de "Inarco Celenio"…

VII

OTRO COMPÁS DE ESPERA

Como una sombra caminaba nuestro hombre por aquellas calles, todas ellas llenas del recuerdo de la amada muerta.

Por el callejón de Ceniceros, que también se llamó en otro tiempo de la Redondilla, pasó a la calle de Santa María, en donde estaba enclavada la casa que tantas veces fue nido de su amor.

Ante ella, y como en los primeros días que cortejara a "Filis", se estuvo parado un buen espacio.

Quien no le conociera pensaría lógicamente que era un galán en espera de su cortejo, pero en aquella barriada tenían grandes y chicos, a fuerza de verle diariamente, muy buena cuenta con su persona, y así como advirtió que se fijaban en él, temiendo que pudiese haber algún indiscreto que se le acercara, encaminó sus pasos por la empinada

cuesta que a la plaza de Antón Martín conduce, y desde allí, como si estuviese a punto de sonar la hora convenida, continuó subiendo hasta la iglesia de San Sebastián.

También alrededor del madrileñísimo templo que fundó la devoción de Felipe II estuvo rondando un buen espacio, hasta que oyendo tocar a las Ánimas no fue más dueño de su poca paciencia y se fue a la tabernilla de la calle de las Huertas, en donde tenía la cita con quien habría de ponerle en los umbrales de la muerte.

Aún no había llegado el hombre, y en verdad no tenía por qué, faltando como faltaba tanto espacio.

Cadalso ocupó una mesa en el rincón más oscuro del establecimiento, a cuyo lugar llegaban con mucho trabajo los mortecinos resplandores de un velón de cuatro mecheros y un candil de garabato.

La parroquia, a la verdad, no era muy concurrida ni muy apetecible. Dos a tres coimas, de las que por aquellas esquinas eran "cantoneras" del pecado carnal, que con sus "Chiquiznaques" y "Maniferros" esperaban el tiempo de entrar en la oficina de su deshonestidad.

En tanto que este momento llegaba, se distraían en dilucidar a gritos sus contiendas y traer a colación la marcha de su placentero oficio.

En otra parte unos honrados gallegos, dedicados al sufrido menester de mozos de cordel, resobaban unos mugrientos naipes al amor de sendos vasos de vino de lo mejor de Méntrida o de Villa del Prado.

En la calle, y un poco lejos, se oyó un par de veces un acompasado y triste toque de campanillas, seguido de una arrastrada y melancólica canturria; eran los hermanos del "Pecado mortal", que, pidiendo para sufragios de los desdichados que se hallaban en tan apurado trance para la salud de sus almas, ponían pavor en el ánimo de los pacíficos vecinos, que a tales horas se hallaban empleados o en la devoción doméstica del santo "rosario" o en camino de ensabanarse, pues debe saberse que la gente de entonces se acostaba y madrugaba antes que la de ahora.

De allí a poco se abrió la cancela de la taberna y entraron dos luctuosos individuos. El uno portaba una linternilla y el otro un cepillo para recoger las limosnas.

Eran los que poco antes entenebrecían aún más las compactas tinieblas de la noche con sus lastimeras advertencias a quienes caminaban por la vida sin hacer recordación de la muerte.

Pidieron una jarra de lo moro de Arganda, y así de como gentilmente se lo echaron entre pecho y espalda, tornaron a asir de sus respectivos instrumentos, y embozándose hasta los ojos, se fue, como dicen, "cada mochuelo a su olivo", pues, por lo que parece, por aquella noche habían dado de mano a su menester.

Salieron las mozas del oficio de entrepierna seguidas de sus traineles, que sin duda, para que no hiciesen la deshecha, querían dejarlas aviadas en el mismo puesto de su lonja, yéndose ellos, o bien a capear a algún rezagado o a dormir patriarcalmente, como unos benditos...

De allí a poco volvió a romper el silencio de la noche otra lastimera voz, que como ánima en pena, cantaba:

—¡Ave María Purísima... ¡Las diez... y... sereno!...

Don José Cadalso, ajeno a todas estas circunstancias, permanecía solitario, acodado en su mesa, atento solo a la cita que tanto se hacía esperar.

Se abrió la puerta una vez más.

Para el gentilhombre que esperaba, fue como si se hubiese abierto la de la gloria...

En el umbral apareció el hombre que esperaba, el cual no era otro que el enterrador de la parroquia y antiguo "zimenterio" de San Sebastián. El que cada día daba la paz de la tierra a los feligreses que finaban sus andanzas por el mundo, y el que una vez cada diez años hacía las horribles mondas, cuyos restos iban a parar a los vertederos de los Caños de Alcalá o de la Puerta, de Fuencarral.

Sin saludar apenas a la concurrencia ni a la moza de la taberna que dormitaba al otro lado del mostrador, tras las panzudas jarras y el sucio lebrillo, que como las pilas del agua bendita en las iglesias tengo para mí que no se mudaba más de una vez durante todos los días del año, se fue al lugar en donde advirtió que ya le estaban esperando.

Sin ceremonia alguna se sentó frente a su merced y después de pedir una copa de aguardiente del más fuerte que destilan los alambiques de Chinchón, exclamó:

—Todavía está su merced a tiempo de volverse atrás, y en buena ley de Dios creo que sería lo más acertado.

La voz autoritaria, del militar, hecha a mandar, replicó en un tono que no dejaba lugar a contradicciones:

—No me hables más de esto, si no es para decirme "vamos allá".

A pesar del enérgico tono con que fueron dichas tales palabras, se atrevió a decir el recién llegado:

—Pero no olvide su merced que acaso nos vaya en ello la vida. Yo, con renunciar al capricho de su merced, pierdo una conveniencia, pero, aunque muy necesitado estoy de ella, renuncio gustoso. Fuera de esto, que es para pensarlo despacio, y después de bien pensado no hacerlo, advierta mi coronel que la triste lleva ya muchos días difunta y estará hecha verdadera y horrenda imagen de la muerte. Aquellos labios que su merced ansia besar como cuando estaban vivos, serán ahora un espantoso hervidero de gusanos; los ojos serán dos espantables cuencas vacías, en donde las larvas de la podredumbre tendrán hechos sus nidos.

Cadalso, con la cabeza descansando entre las manos y los ojos desmesuradamente abiertos, mirando inconscientemente el mugriento tablero de la mesa tabernaria, escuchaba en silencio.

El enterrador, pensando que ello obedecía a que el alucinado amante comenzaba a ver la luz de la razón, prosiguió, noblemente inducido a hacerle volver sobre su lúgubre acuerdo:

—Como su merced no ha visto a la muerte más que en visita, quiero decir recién llegada a apoderarse de su presa, no tiene idea de lo que la tal "señora" es en sus propios estados...

Pero la locura del amante de "Filis" tenía tan fuertes raíces y por otra parte eran tan "contundentes" las razones con que rogaba y el infeliz archivero de los muertos arrastraba con numerosa prole una existencia tan miserable, que el loco se salió con su tema.

Fuera, volvió a plañir la voz lastimera del vigilante nocturno:

—¡Ave María Purísima! ¡Las doce en punto y sereno!

Cadalso, al oír la hora cantada, se puso en pie y arrojando sobre la mesa un peso de plata, a cuyo eco argentino se espabiló la adormilada moza comenzó a caminar hacia la calle.

Se disculpaba la tabernera de que no había tanto dinero en toda la casa para darle la vuelta y el caballero, sin mirarla siquiera, le dijo que se quedara con lo que sobrara.

El sepulturero, conociendo que cuanto hablase en contra de lo que el coronel tenía resuelto sería predicar en desierto, echó detrás de sus pasos sin hablar más palabra.

***

Entraron en el templo por el atrio que da a la calle de las Huertas.

Una vez dentro, doblando a la derecha, en frente de una angosta puertecilla que da entrada a la torre, está la capilla de la Virgen de la Novena.

Allí, en un lado del piadoso recinto, estaba la sepultura de "Filis", que como enteramente reciente aún no tenía escrito sobre la lápida quién fuera el cuerpo muerto que allí esperaba la resurrección de la carne, o cuando esto fuese mucho el tiempo de una monda antihigiénica y sacrílega.

La linterna que el cavador de la muerte llevaba medio oculta entre los pliegues de la capa enviaba medrosamente su tenue reflejo hacia los rincones, que parecían poblados de las almas de los difuntos que acudían a velar el descanso de sus propios cuerpos.

Cadalso cayó de rodillas y sollozando en el lugar donde dormía su querida muerta.

El enterrador le recomendó serenidad y fortaleza de ánimo, pues, de lo contrario, por más que le ofreciese los tesoros de Aladino, no se comprometía a dar comienzo a sus tareas, en la que habría de ayudarle, ya que no era tan liviana que la pudiese llevar a cabo un hombre solo. Aun sería conveniente esperar algo más; todavía, de vez en cuando, se oían en la calle pasos de gente trasnochadora.

Pasado un buen espacio, se previno el hombre de las herramientas usuales en su oficio, pico y azadón, y comenzó la "obra".

No era cosa de poco esfuerzo el levantar la piedra funeraria que guardaba lo que pocos días antes había sido una mujer hermosa.

En tanto que el desequilibrado amador contribuía a coronar tamaño disparate, no dejaba de murmurar a manera de plegaria:

"¡Cuántas tardes he pasado junto a esta piedra tan inmóvil como si parte de ella fuesen mis entrañas! Los que cuidan de este templo varias veces me han sacado del letargo avisándome ser la hora en que cerraban las puertas... ¡Objeto antiguo de mis delicias... hoy objeto de horror para cuantos te vean: montón de huesos asquerosos, en otros tiempos conjunto de gracias!... Pronto volverás a mi casa, descansarás en un lecho junto al mío, morirá mi cuerpo junto a ti, y expirando. incendiaré mi domicilio, y tú y yo nos volveremos ceniza en medio de las de la casa...".

—Calle su merced —le dijo el sepulturero, temiendo que el eco de tales elucubraciones, aunque apenas salían a flor de los labios, pudiesen traer a alguien—, o no haremos nada de provecho, que, aparte de lo que pudiera tronar si hubiese algún sacristán curioso, por la boca se le van a su merced los bríos que necesita en los brazos para mover esta condenada piedra.

Peor fue el pretendido remedio del precavido villano, pues, como el caballero oyó apellidar de condenada a la piedra, exclamó:

—Desdichado pecador; no llames condenada a esta losa, sino santa, puesto que ella es cárcel de la mayor virtud que alentó en la tierra.

—Acuda aquí y no hable —respondió el otro pretendiendo hacer de una de sus rodillas soporte de la lápida.

A este tiempo, por la cúpula entró el primer rayo de luz que enviaba el nuevo día. Lorenzo, que así se llamaba el sepulturero, así como lo advirtiera volvió a encajar la losa, diciendo:

—Ya no es tiempo. Seríamos descubiertos. Vuelva su merced esta noche a la misma hora y yo cuidaré de que empecemos más temprano.

Conoció Cadalso que su cómplice tenía razón, y aunque de mal talante se avino a dejar suspendida la jornada hasta la noche próxima.

Por no hacer entrar en recelo a quien tan a deshora los viese salir de la iglesia, esperaron a que fuesen franqueadas las puertas a las beatas que acudían a oír la misa de alba...

VIII

LA SEGUNDA NOCHE

Por el filo eran de las doce, cuando Cadalso esperaba en la angosta calle del Viento, a la margen de la iglesia de San Sebastián, a quien pensaba que habría de abrirle las puertas de la felicidad.

Aunque la noche era del abril florido, no parecía sino del más crudo invierno.

La ventisca y el frío barrían a su sabor las solitarias calles de la Villa.

Ni siquiera las acostumbradas damas de esquina ilustraban aquellos parajes de ordinario tan frecuentados por ellas.

De tarde en tarde inquietaban el silencio de la noche los pasos de una ronda de corchetes, que pasaba con pocos ánimos de encontrar ocasión en qué emplearse.

Lejos, cantaba el sereno las doce, y, como evocadas por su monótona canturía, viniendo como de la vecina calle del Olivar, se oyeron voces agrias que en agravios florecían.

Dos hombres entraron en la calle del Viento, en donde nuestro protagonista hacía su espera, y buscando la mortecina luz de un devoto retablo que había hacia el medio de la angosta calleja, tiraron de las espadas y comenzaron a acuchillarse muy bien.

Cadalso quedó confuso ante el acerado rumor de tan inesperada pendencia.

Un momento estuvo indeciso entre escabullirse bonitamente, temeroso de que con la intromisión pudiera retrasarse el logro de su mal pensamiento, o acudir como caballero a evitar alguna desgracia.

Con esta duda batallaba, cuando uno de los contendientes exclamó angustiosamente: "¡Dios mío, valedme!" y después de haber alzado extremadamente los brazos, cayó pesadamente de espaldas.

Su rival que le vio caer, sin detenerse siquiera a ponerle en los labios la cruz de la espada homicida que en la hora suprema pudiese darle garantía del perdón de sus culpas, tomando la vuelta de la calle de Atocha dio a correr con ligereza de gamo y se perdió entre las apretadas tinieblas de la noche.

Corrió don José en auxilio del herido llevando en la diestra prevenido el estoque.

Pretendía incorporarle, cuando sin duda atraída por el angustioso grito que dio el malaventurado al caer, llegó una ronda, que, viendo al militar con el acero desnudo, desde luego le marcó por autor de aquel mal recaudo.

Protestó el hombre con todas las fuerzas de su inocencia, pero no le valieron razones con el alcalde que mandaba la lechigada alguacilesca y así, no hubo otro remedio que consentir en que le llevasen a la próxima cárcel de Corte donde mal de su agrado le fue forzoso pasar toda la noche.

Con la luz del nuevo día se iluminó el misterio del desdichado suceso, y deshecho el error, ya que el verdadero causante de la desdicha fue denunciado por su víctima poco antes de morir, el inocente auxiliador fue puesto en libertad después de pedirle mil perdones, cortesía en la que este no paró el pensamiento, y se fue a sincerarse de su forzada ausencia con la novia muerta que le esperó en vano.

Bien puede creerse que puesto de hinojos sobre la losa funeraria que guardaba los restos de "Filis" parecía la viva estatua del dolor…

A cuantos devotos madrugadores le vieron, les llenó de compasión y recogimiento.

IX

LA INTROMISIÓN DE LA AMISTAD

Aunque de labios de Cadalso no supo nadie el mal suceso de aquella noche, era harto conocido para que la especie de la prisión no trascendiera al círculo de sus amigos.

En la "Fonda de San Sebastián", se supo a primera hora de la tarde, cuando los habituales tertulianos acudían a su reunión.

Gippini, el huésped, refirió cómo desde su aposento había oído a las altas horas de la noche el ruido de la pendencia y la llegada de la ronda, pero no quiso darse por enterado a fin de evitarse roces con la Justicia.

Empezaron los comentarios y conjeturas acera de lo que Cadalso pudiera pretender a tales horas en aquellos lugares tan lejanos de su posada; y atándose cabos sueltos, se vino en sospechas de que pretendiera penetrar en la iglesia para estar más cerca de la que fue su amada.

El mismo fondista aportó el importante detalle de haberle visto dos noches antes, acompañado del enterrador de la parroquia.

Tal informe conmovió intensamente a la docta y recreativa asamblea.

—Apostaré —dijo Moratín— a que ese insensato intenta algún disparate mayúsculo. Preciso es atajarle antes de que le ponga en práctica.

—Pero ¿qué piensa usted que puede hacer? —preguntaba lleno de pavor don Juan de Iriarte, pensando que la respuesta de su amigo estuviese conforme con lo que él acababa de sospechar.

—Acaso una profanación horrible. Ahora me acuerdo de que el mismo día en que llevamos el cadáver de María Ignacia a la cripta de la Novena, él se oponía tenazmente a que la dejásemos allí, y en el colmo del paroxismo, juró que poco habría de poder si no la retomaba a su casa y la acostaba en su mismo lecho.

Una exclamación de horror salió de todos los labios.

—Esa no pasará de ser una promesa desesperada, como tantas que solemos hacer cuando no somos dueños de la razón, que es lo que al pobre Pepe le ocurre en estos momentos —arguyó don Ignacio López de Ayala.

Y agregó el clérigo don Cándido María Trigueros:

—Él es buen cristiano, y no pienso que tamaña insensatez haya dejado raíces en su equilibrado juicio después de haberla propalado, sin saber lo que decía.

—Sin embargo —volvió a decir Moratín—, es preciso estar prevenidos. Yo, de Pepe Cadalso, le espero todo.

—Hay que buscarle y no dejarle de la mano en todo el día —propuso Signorelli.

—Será diligencia inútil. No se le encontrará por ninguna parte; yo sé que estos días huye de nosotros. Ya ven cómo desde su desgracia no ha vuelto a entrar por esa puerta, siendo como era de los más asiduos y puntuales —dijo de nuevo Moratín.

—Ya que sabemos que frecuenta de noche los alrededores de la iglesia, aunque no sea más que por hacerle guardias a su "Filis" —expuso el marqués de Manca— esperémosle aquí mismo, y si vemos que la manía va más allá de pasear esta calle salgámosle al paso, que, entre todos, por loco que esté el desgraciado, malo será que no podamos reducirle.

—Por supuesto —propuso Iriarte—, que sin dar un cuarto al pregonero como dicen. Esto se ha de hacer entre nosotros únicamente, sin que la justicia sepa una palabra, porque entonces sería tanto como empujarle entre todos a remar en galeras, o cuando menos echarle a alguna prisión en África.

—Por supuesto —acogieron todos.

—Pues esta noche, maese Gippini nos hará la merced de consentir en que le hagamos compañía —dijo Bernascone.

***

Y apenas se cerraron los portales, y los novísimos serenos salieron a ser galanes de la Luna, toda la docta cofradía, como si los individuos que la formaban fuesen misteriosos conjurados contra la recia política del conde de Aranda, fueron embocando uno a uno y cautelosamente en la ya famosa "Fonda de San Sebastián".

X

LA TERCERA Y ÚLTIMA NOCHE

Ya había quedado Cadalso con el sepulturero en que, para no hacer entrar en sospechas, no era necesario que le esperase en la "ermita de Baco" de la calle de las Huertas.

Tuviera más calma y no se presentara hasta que fuesen pasadas las doce, pues a este tiempo, suspendidos en absoluto todos los servicios del templo hasta el nuevo día, no se corría riesgo de topar dentro de la iglesia con sacristán ni monaguillo alguno.

A dicha hora ya estaría él aguardando en la puertecilla que daba al atrio.

Con que se anunciase su merced con un breve silbido, era bastante.

Esta vez, conteniendo Cadalso la impaciencia que de ordinario le embargaba, por mejor llegar al logro de su tema, obedeció las indicaciones de Lorenzo (que tal era el nombre del lúgubre personaje que por necesidad se prestó a seguirle el loco humor).

Y, por mejor pasar la espera, no quiso salir de su alojamiento en todo el día, y por vez primera desde que le acaeciera el triste suceso, quiso dar que hacer al ingenio.

Y ¿en qué mejor emplearle que en devoción de la que de allí a tan pocas horas volvería a estrechar entre sus brazos, aunque sin vida en el corazón ni hermosura en el rostro?

Como simiente que hiciera florecer este desequilibrio mental, pasó la tarde leyendo un libro tétrico y funerario que hacía poco llegara desde Inglaterra a España: las "Noches", de Young.

Dejó a una parte el libro inglés, que pocos días antes le diera don Bernardo de Iriarte, y se dispuso a escribir otro análogo, que fuese a manera de crónica de cuanto le iba acaeciendo en aquellos días.

El final lo compondría después de aquella noche.

Para separarse lo menos posible del plan seguido por el poeta británico, dividiría la obra en tres estancias (este lo hizo en nueve), y le pondría por título "Noches lúgubres".

Comenzó a escribir, tomando como punto de partida el momento en que solo, en su casa, después del entierro de María Ignacia, le sorprendió el barbero que ordinariamente acudía a afeitarle todo desconsolado y sin ánimo ni aun para tomar alimento; no hacía sino contemplar un retrato de la muerta que tenía sobre la mesa.

Cuando oyó sonar la postrera campanada de las once en el reloj del Buen Suceso, dejó la escritura y se encaminó hacia la iglesia.

Por hacer más tiempo, pues la distancia que mediaba entre su posada y el mencionado templo de San Sebastián era corta, caminaba despacio, pero sin pensar con juicio en el disparate que habría de comprometer su libertad.

Él pensaba que en el estado de ánimo en que se encontraba era la cosa más natural del mundo.

Aun estoy por decir, que, llegado el caso de descubrirse, creía que nadie tenía derecho para pedirle cuentas.

Lo que había sido suyo en vida, suyo tenía que seguir siendo después de la muerte.

Imbuido per tan descabellados pensamientos, dejó a una parte el coliseo de la Cruz, y entró en el ya conocidísimo callejón del Viento.

No tuvo que esperar mucho espacio.

De allí a poco, en otro reloj cercano, que debía ser de la Trinidad, sonaron lentas y graves las doce...

Cadalso tampoco hizo esperar la señal de su llegada.

Lanzó un agudo silbido, y aún no parecía haberse perdido su eco en la quietud de la noche, cuando la puerta del sagrado recinto que daba al atrio se abrió, y en el umbral aparecieron dos hombres...

El galán de la muerte, que tal advirtió, echó un paso atrás y puso mano a la espada.

De momento, no se le ocurrió pensar otra cosa sino que su aliado en la macabra aventura le habría denunciado a la Justicia, y en el mismo lugar donde pensó que iba a encontrar su dicha, comenzaba a florecerle la desventura.

De los dos individuos que salían de la iglesia, el uno, entrando en el callejón, se encaminó hacia la calle de Atocha, y el otro, en el que por lo desmedrado de la estampa reconoció Cadalso que era Lorenzo, se adelantó a recibirle.

Ya no receló nuestro héroe, y envainando el estoque se dispuso a reunirse con él.

De haber estado más sobre su persona hubiese podido advertir que a este tiempo se abría uno de los balconcillos de la "Fonda de San Sebastián", y por un breve espacio el resplandor de una luz rompió las cerradas tinieblas que envolvían a la angosta calleja.

***

En cuanto ambos personajes se encontraron solos y después de cerrada la puerta, se encaminaron a la capilla; don José no pudo por menos que preguntar a su acompañante que quién era aquel desconocido que le acompañaba.

Y el otro, que desde el primer momento no había echado en saco roto el recelo que le produjera la presencia de aquel personaje, le respondió con cierta socarronería villanesca:

—¡Ah!... ¿Por "El Zurdillo", dice su merced? No pase pena, que a pesar de ser quien es, es gente de paz. Somos compadres. Todas las noches que hay difunto que velar, como ocurre esta, me hace compañía, y solemos entretener las tediosas horas echando algunas partidas de "Mediator" o "Revesino". Hoy, como venía su merced, y él, además, tiene trabajo temprano, se ha ido un poco más pronto de lo que tiene por costumbre. Ahí donde le ve su merced, no se piense que sea un "quídam" cualquiera, que bien puede presumir de caballero.

Como Cadalso hiciese un despectivo gesto de incredulidad, prosiguió el "furrier" de la "Descamada":

—Caballero, y caballero único en su jerarquía, de todos los gaznates que se ahorcan en Madrid, puesto que es el "Maestro de altas obras de la Villa"; ya habrá entendido su merced, que he querido decir el verdugo. Mañana tiene una bruja emplumada, a la que ha de abanicar las costillas...

A tal declaración, aún tuvo humor el autor de "Los eruditos a la violeta", para comentar:

—Nunca se ha podido emplear con más justeza el dicho que dice: "Dime con quien andas, decirte he quién eres."

A lo que sin picarse replicó Lorenzo:

—Y aquel otro de “Dios los cría, y ellos se juntan”, y también, cuando por partida más o menos nos echamos en cara el menester de cada uno, pudiera decir quien nos estuviese oyendo: "Dijo la sartén al cazo: Quítate de ahí, que me tiznas”. A mi chico el mayor le tengo aprendiendo con él, que no quiero que cuando llegue a mozo le puedan echar en cara el vergonzoso oficio de su padre.

Mientras, traían entre sí estas breves razones, caminaban hacia el norte de su quimera.

Antes de que entraran en la capilla habían salido a recibirles en las tinieblas del estrecho pasillo el amarillento resplandor de unos cirios.

En el centro de la ancha nave, se alzaba un sencillo túmulo, sobre el que descansaba un féretro, alumbrado por cuatro blandones, puestos sobre otros tantos candeleros de madera.

A la mirada interrogadora de Cadalso explicó Lorenzo:

—La han traído esta tarde; fue comedianta de la “Cruz”. Mañana, a las diez, será el entierro. Nadie ha venido a velarla, como acontece en la mayoría de los casos; cuando es así, me dan a mí un tanto y la cera sobrante y yo me cuido del velatorio.

—Y, en cuanto la familia da la vuelta, tú apagas las velas, pones unos cabos en los candeleros y te echas a dormir —dijo el militar.

Ante esta suposición desaprensiva se sintió picado Lorenzo en lo que pudiéramos llamar la negra honrilla de su oficio, y respondió un poco dolido:

—En eso está su merced muy engañado, puesto que toda la noche me la paso en pie al cuidado de los cirios y aun para cumplir más como bueno de modo que el sueño no me robe un solo instante me traigo a mi compadre, como acabo de decirle a su merced.

—Y, ¿cómo dices que se llamaba esa mujer? —preguntó Cadalso, sin acercarse al túmulo.

A lo que respondió el sepulturero:

—No lo sé, pero si tiene su merced interés en saberlo, podemos pasar a la sacristía y ver en el libro de difuntos.

—No es necesario; vamos a lo mío, que es lo que únicamente me interesa —replicó don José.

—Antes de comenzar —insistió Lorenzo una vez más—, yo le aconsejaría, para ver si se curaba en salud, que levantase el pañizuelo que cubre ese rostro difunto y le mirase despacio. No más doce horas lleva sin alma y parece que lo está de tres días. Conque, presuma qué es lo que verá si tiene humor para proseguir adelante con su empeño, que por ser cosa de su merced no me atrevo a tachar de disparatado.

El invitado rechazó la macabra oferta.

No deseaba ver más que a su “Filis”...

Lorenzo entró en la sacristía para tomar las herramientas de su oficio, quedando en tanto su acompañante en el templo hincado de rodillas sobre la losa que encubría la carroña de la que tanto amaba.

Los cirios que alumbraban a lo que fue comedianta del coliseo de la "Cruz" chisporroteaban, inquietando con su breve ruido, más que si oyera ensordecedor estrépito, el ánimo del triste poeta, que yendo a ponerse cara a cara con la Muerte no quería volverse hacia el espantable ejemplo que tenía al alcance de los ojos.

Las mortecinas luces, poblando de inquietas sombras las altas paredes del templo, dibujaban el perfil de la muerta al través del pañuelo que le velaba el rostro.

***

Lorenzo volvió provisto de un pico y una pala, y acercándose al alucinado y orante caballero, musitó a la par del oído:

—Cuando su merced quiera. Los malos tragos pasarlos pronto.

Sin responder palabra, se apartó Cadalso del lugar en que estaba, y despojándose de la capa y el espadín, puso ambas prendas sobre un banco próximo.

Tal era la emoción que le embargaba, que tratando de ayudar a Lorenzo no hacía más que estorbarle.

La palidez de su rostro era tan intensa, que bien pudiera comparársele con la del cadáver insepulto.

—Lo mejor será que me deje su merced a mí solo y acabaremos antes. Cuando se ofrezca levantar la losa, que no será tan difícil como la otra noche, ya que está la piedra removida, ya le avisaré para que me eche una mano. Ahora, siéntese, que esta su merced muy nervioso —dijo el sepulturero y dio comienzo a la faena de dejar la losa al descubierto.

Cadalso atendió en parte el consejo, apartándose al lado contrario de donde trabajaba el compadre de "El Zurdillo".

Un poderoso esfuerzo arrancó la piedra de su asiento, quedando montada sobre el pico que le valía de palanca. Rápidamente metió las manos por la ranura que dejaba al descubierto, y de la que comenzaba a emanar un hedor a carne corrompida, y subiendo la piedra a pulso, reclamó el auxilio de quien se la había mandado levantar

En este preciso momento se sintieron pasos en la nave grande de la parroquia…

Se acercaban tumultuosamente, y, de pronto, detrás de la reja de la capilla histriónica, que estaba cerrada, se prestaron las linternas de media docena de corchetes, cuyo alcalde a la cabeza mandaba abrir en nombre del Rey.

Un clérigo, familiar del Santo Oficio, que como ha dicho un insigne costumbrista, "no era oficio santo", gritó con voz apocalíptica:

—¡¡Sacrílegos!! ¿Qué vais a hacer? ¡Daos presos a la Santa Inquisición!

La losa volvió a caer pesadamente sobre el sepulcro de "Filis"...

Una vez franqueada por Lorenzo la verja de la capilla, esta fue irrumpida por alguaciles, familiares del Santo Oficio y los camaradas de Cadalso, quienes fueron los primeros en asombrarse de que su intromisión hubiera trascendido en forma que la justicia del Rey y la de Dios tomaran cartas en el asunto...

¿Quién había sido el soplón que fue con el cuento, cuando entre todos estaba concertado el que ellos solos se bastarían para hacer volver a la razón al triste "Dalmiro"? (tal era el mote pastoril que correspondía a Cadalso como individuo de la Academia de los "Arcades").

Un alguacil atenazó al sepulturero y otro acudió presto a ponerle cuerda en las manos.

Los tertulianos de "San Sebastián" rodearon a su camarada como para evitar el que con él se tomase igual rigor, pero no prosperó la fraternal intención, porque, acercándose el familiar de la "cruz verde", exclamó poniendo la sarmentosa diestra sobre el hombre del soldado-poeta:

—Este señor queda bajo la guarda y custodia del Santo Tribunal, a las resultas de lo que se desprenda de la horrible profanación en que acaba de ser sorprendido.

El delincuente no parecía darse cuenta de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Todos salieron de allí a poco, llevando al lúgubre galán en medio, y se encaminaron hacia la cárcel eclesiástica, llamada de la "Corona", que estaba en la calle de la Cabeza.

Cuando iban a entrar en esta dicha calle, alguien advirtió que el empleo militar del detenido no correspondía a esta prisión, y volviendo sobre lo andado le llevaron al cuartel donde su regimiento se alojaba.

Él se dejaba conducir inconscientemente, sostenido por sus más entrañables camaradas. Nicolás de Moratín y Bernardo de Iriarte.

***

De allí a pocos días, por ser quien era y el poco de parentesco que tenía con el poderoso conde de Aranda, a la sazón árbitro y señor de los destinos del reino, quien le consideraba tanto por el ingenio como por el prestigio militar, salió desterrado para Salamanca, habiendo logrado que la Inquisición —ya por el entonces herida de muerte— se inhibiera del proceso.

Como es muy cierto que siempre la soga se quiebra por lo más delgado, el infeliz Lorenzo pagó su culpa y la ajena, pues sin que le valiera de atenuante el alegar que fue llevado al delito por la miseria, dio con su cuerpo en el presidio de Ceuta.

El autor de las "Cartas Marruecas" no fue olvidadizo con la familia de su cómplice, y ya que no pudo lograr del testarudo conde de Aranda el indulto para el triste, no dejó de socorrerla en la medida que le permitía su peculio, hasta que el notable poeta que diera en España el primer grito romántico con su espantable hazaña, feneció trágicamente a 27 días andados del mes de febrero de 1752, en el desdichado sitio de Gibraltar…

***

Académica y lamentosa corona fúnebre le hicieron los que fueron sus camaradas en la “Fonda de San Sebastián”.

Cantaron su desdichado y temprano fin, Fray Diego González, Vaca de Guzmán, Meléndez Valdés, a la sazón novísimo poeta, que hizo amistad con Cadalso durante, el destierro de este en Salamanca, y el conde de Noreña, testigo del desastroso fin del constante amador de “Filis”.

Vayan como homenaje al poeta los tercetos finales del canto que Su Excelencia le dedicara: no son buenos, pero la intención les salva.

“y para eterno y firme monumento
del honor que tus méritos lograron.
poner este letrero en él intento:
—Aquí yace Cadalso, a quien amaron
Marte, Palas y Apolo, y cuya muerte
amigos y enemigos lamentaron.
Imprecaré tu nombre de continuo,
y de taray morado coronado
lloraré tu desgracia y tu destino...”.